

bailaban, reían ó hacían oración. Todos se hallaban alegres, y me decían: «Jerusalén,» señalando al Mediodía, á lo cual respondía yo: «Jerusalén.» En fin, sino hubiese habido miedo, hubiéramos sido las personas más felices del mundo: pero al más ligero soplo de viento los marineros recogían velas y los peregrinos gritaban: «*Chisto, Kyrie-eleison!* Bien que pasada la tempestad recobrábamos nuestro valor.»

Aquí cedo á Julian el puesto.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Hemos tenido que ocuparnos de nuestra marcha para Jaffa, que tuvo efecto el 18 de setiembre. Nos hicimos á la vela en una embarcación griega, en que había al menos tantos hombres como mujeres y niños: ciento cincuenta griegos, que iban en peregrinación á Jerusalén, lo que causaba mucha incomodidad en la embarcación.

«Teníamos, lo mismo que los demás pasajeros, nuestras provisiones de boca y nuestros utensilios de cocina, que había comprado en Constantinopla. Llevábamos además otra provision bastante completa de buenos bizcochos, jamones, salchichones y longaniza, que nos había regalado el embajador; vinos de varias clases, rom, azúcar, limones y hasta vino de quinina para las fiebres intermitentes. Hallábame, pues, provisto de una muy buena despensa, que yo economizaba en lo posible: todo esto lo tenía encerrado en un sitio muy seguro.

«Nuestra travesía, que solo duró tres días, me pareció sin embargo muy larga, á causa de las muchas incomodidades y de las repugnantes escenas que tuvimos que presenciar. Durante algunos días de mal tiempo, las mujeres y los niños se pusieron enfermos, y vomitaban en todas partes, hasta tal punto, que nos veíamos obligados á abandonar nuestra habitación y á acostarnos sobre el puente. Allí comíamos con mucha más comodidad que en cualquiera otra parte, habiendo tomado el partido de esperar á que los griegos hubiesen terminado sus ranchos.»

Pasé el estrecho de los Dardanelos; toqué en Rodas, y tomé un piloto para ir á Siria. Un tiempo de calma nos detuvo en el continente de Asia, casi enfrente del antiguo cabo de Chelidonia. Estuvimos dos días perdidos en la mar.

MI ITINERARIO.

«El tiempo estaba tan hermoso, y era la atmósfera tan pura, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre el puente: había yo disputado un sitio del castillo de popa á dos monges griegos, que no me lo cedieron sino refunfuñando. Allí dormía el 30 de setiembre, á las seis de la mañana, cuando fui despertado por un ruido confuso de voces: abrí los ojos, y vi á los peregrinos que miraban hácia la proa del barco. Pregunté la causa y gritaron: «*¡Signor, il Carmelo, il Carmelo!* El viento se había levantado la víspera á las ocho de la tarde, y durante la noche habíamos llegados á la vista de las costas de Siria. Como me había acostado enteramente vestido, me puse en el momento de pié, para ver si divisaba la montaña sagrada. Todos se apresuraban á señalármela con la mano; pero yo nada veía, sin duda á causa del sol, que empezaba á aparecer frente á nosotros. A aquel momento tenía un no sé qué de religioso é imponente: todos los peregrinos, con el rosario en la mano, permanecían en silencio, y sin variar de postura, esperando la aparición de la Tierra-Santa: el jefe de los *papas* oraba en alta voz: no se oía

más ruido que el de aquella voz religiosa, acompañada del murmullo del barco al cortar el agua, al que un viento favorable arrastraba sobre un mar resplandeciente. De tiempo en tiempo elevábase un grito de la proa, al tiempo de divisarse el monte Carmelo. Al fin llegué á distinguir aquella montaña como una mancha redonda bajo los rayos del sol. Hinquéme entonces de rodillas, según la costumbre de los latinos. No experimentaba aquella especie de turbación que sentí al divisar las costas de la Grecia; pero el aspecto de la cuna de los israelitas y de la patria de los cristianos, me llenó de alegría y de respeto. Iba ya á tocar en la tierra de los prodigios, manantial de la más admirable poesía; en los sitios en que, profanamente hablando, había tenido lugar el acontecimiento más grande que jamás ha cambiado la faz del mundo.

«Nos faltó el viento á eso de las doce del día, y volvió á levantarse á las cuatro de la tarde; pero por impericia del piloto pasamos más allá de lo necesario... A las dos de la tarde volvimos á ver á Jaffa.

«Un barco salió de la orilla con tres religiosos. Bajé con ellos á la chalupa; entramos en el puerto por una abertura practicada entre las rocas peligrosas á un caique.

«Los árabes de la ribera se adelantaron, con el agua hasta la cintura, para llevarnos sobre sus hombros. Allí pasó una escena bastante chistosa; mi criado iba vestido con una levita blanquizca; y como el color blanco es una señal de distinción para los árabes, creyeron que Julian era el scheik. Apoderáronse de él, y le llevaron en triunfo, á pesar de sus protestas, y en tanto que, gracias á mi levita azul, yo me salvé sin ser notado en hombros de un desaharapado mendigo.»

Ahora oigamos á Julian, actor principal de aquella escena:

ITINERARIO DE JULIAN.

«Quedeme asombrado al ver venir hácia mí seis árabes para conducirme á tierra, en tanto que no había más que dos para mí señor, lo cual le cayó muy en gracia, y se divertió grandemente á mi costa, viéndome llevar como una reliquia. No sé si mi traje les pareció más brillante que el suyo: llevaba él una levita oscura con botones de la misma clase, y la mía era blanca, con botones de metal blanco también, que despedían un reflejo brillante con la luz del sol; esto fue sin duda lo que dió lugar á aquella equivocación.

«El miércoles 1.º de octubre entramos en el convento de los religiosos de Jaffa, que son de la orden de menores de San Francisco, y que hablaban el latín y el italiano, pero que apenas podían expresarse en francés. Nos recibieron muy bien, é hicieron cuanto estuvo de su parte para procurarnos cuanto necesitábamos.»

Llegué á Jerusalén. Siguiendo el consejo de los padres del convento, atravesé precipitadamente la ciudad santa para ir al Jordán. Después de haberme detenido en el convento de Bethleem, salí con una escolta de árabes, y me detuve en San Sabas. A media noche hallábame á orillas del mar Muerto.

MI ITINERARIO.

«Cuando se viaja por la Judea, apodérase de uno el fastidio al principio; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á nuestra vista, disíbase poco á poco el fastidio y se experi-

menta un terror secreto que eleva el alma. Formas extraordinarias revelan en todas partes una tierra trabajada por los milagros: el sol abrasador, el águila de impetuoso vuelo, la estéril higuera, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura se ven allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta demuestra el porvenir; cada cima resuena con el acento de un profeta. El mismo Dios ha hablado sobre aquellas orillas; los torrentes agotados, las rocas hendidas, las tumbas entreabiertas, atestiguan el prodigio; el desierto parece helado aun de espanto, y diríase que no se ha atrevido aun á romper su silencio desde el momento en que oyó la voz del Eterno.

«Bajamos de lo alto de la montaña con el objeto de pasar la noche á orillas del mar Muerto, para subir después al Jordán.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Bajamos de los caballos para dejarlos reposar y tomar un pienso, y para tomar nosotros algún alimento, del que llevábamos una buena provision, que nos habían dado los religiosos del convento. Concluida nuestra colación, nuestros árabes se alejaron á cierta distancia para escuchar, aplicando el oído contra el suelo, si se oía algún ruido: habiéndonos asegurado que podíamos estar tranquilos, nos entregamos al sueño. Aunque acostado sobre guijarros, había yo dormido perfectamente, cuando mi señor vino á despertarme á las cinco de la mañana para que se dispusiese nuestra marcha, después de haber llenado una vasija de hoja de lata, que contendría unos dos cuartillos de agua del mar Muerto, para llevarla á París.»

MI ITINERARIO.

«Levantamos el campo, y caminamos por espacio de hora y media con mucho trabajo sobre una arena blanca y fina. Avanzábamos hácia un pequeño bosque de árboles que destilan la trementina y de tamarindos que con gran admiración mía se elevaba en medio de un suelo estéril. De repente los bethleemitas se detuvieron, y me indicaron con la mano en el fondo de un barranco una cosa que no había visto. Sin poder juzgar bien lo que era, entreveía yo una especie de arena que se movía sobre un suelo inmóvil. Acerqueme á examinar aquel fenómeno, y vi un río amarillo que apenas se diferenciaba en su color de la arena de sus orillas. Hallábase profundamente situado entre sus riberas, y arrastraba pesadamente sus espesas olas: aquel río era el Jordán.

«Los bethleemitas se desnudaron y se arrojaron al Jordán. Yo no me atreví á imitarlos, á causa de la fiebre que me atormentaba.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Llegamos al Jordán á las siete de la mañana por unas tierras arenosas, en que los caballos se hundían hasta las rodillas, y cruzando fosos que apenas podían atravesar. Seguimos la ribera marchando hasta las diez, y para descansar un poco nos acogimos bajo la sombra de los arbustos que bordean las orillas del río. Hubiera sido muy fácil pasar á nado á la otra orilla, no teniendo de ancho por el sitio en que nos hallábamos más que unas cuarenta toesas; pero no hubiera sido prudente hacerlo, pues que ya habíamos divisado algunos árabes que procuraban darnos caza, y estos se reúnen muy pronto en gran número. Mi señor llenó una segunda botella de hoja de lata de agua del Jordán.»

Volvimos á Jerusalén: Julian no se sorprendió mucho á la vista de los Santos Lugares: como verdadero filósofo, es poco impresionable. «El Calvario, dice,

está en la misma iglesia, sobre una altura semejante á otras muchas alturas á que hemos subido, y desde donde no se ven más que tierras baldías, y en vez de bosques, arbustos y malezas roídas por una infinidad de animales. El valle de Josafat se halla en las afueras, al pié de la muralla de Jerusalén, y se parece á un foso de defensa.»

Salí de Jerusalén y llegué á Jaffa, embarcándome allí para Alejandría. De Alejandría pasé al Cairo, y dejé á Julian en casa de Mr. Drovetti, quien tuvo la bondad de fletarme un barco austriaco para Túnez. Julian continúa su diario en Alejandría: «Hay allí, dice, judíos que se dedican al agio, como en todas partes. A una media legua de la ciudad se halla la columna de Pompeyo, que es de granito rojizo, y que se halla colocada sobre una gran pedestal de piedra labrada.»

MI ITINERARIO.

«El 23 de noviembre al medio día, reinando un viento favorable, pasé abordo del buque. Abracé á Mr. Drovetti en la ribera, y nos prometimos una eterna amistad y un eterno recuerdo: hoy día sigo pagando mi deuda.

«Levantamos áncoras á las dos. Un práctico nos sacó fuera del puerto. El viento era débil y venía del Mediodía. Permanecimos por espacio de tres días á vista de la columna de Pompeyo, que descubrimos en el horizonte. En la tarde del tercer día oímos el cañonazo de retreta del puerto de Alejandría. Esta fue como la señal de nuestra marcha definitiva, porque se levantó un viento Norte, y nos hicimos á la vela hácia el Occidente.

«El día 1.º de diciembre, el viento, fljándose al Oeste, nos cerró el camino: poco á poco pasó al Sudoeste, y se cambió en una tempestad, que no cesó hasta nuestra llegada á Túnez. Para entretener el tiempo copiaba y ponía en orden los apuntes de este viaje y las descripciones de *Los Mártires*. Por las noches me paseaba sobre el puente con el segundo, el capitán Dinelli. Las noches, pasadas en medio de las olas, sobre una embarcación agitada por la tempestad, nunca son estériles; la inseguridad de nuestro porvenir da á los objetos su verdadero valor; la tierra, contemplada desde en medio de una mar tempestuosa, asemeja á la vida considerada por un hombre que va á morir.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Después de nuestra salida del puerto de Alejandría, estuvimos bastante bien durante los primeros días; pero esto duró poco, porque en todo el resto de la travesía nos hizo muy mal tiempo. Había siempre de guardia sobre el puente un oficial, el piloto y cuatro marineros. Cuando al concluir el día pensábamos pasar una mala noche, subíamos sobre el puente. A eso de las doce preparaba el ponche. Empezaba siempre por dar de él al piloto y á los cuatro marineros; después servía á mi señor, al oficial, y últimamente me servía á mí mismo; pero seguramente que no lo tomábamos con tanta tranquilidad como en un café. Este oficial tenía más mundo que el capitán, hablaba muy bien el francés, y nos distrajo mucho en aquella travesía.»

Continuamos nuestra navegación, y fondeamos delante de las islas de Kerkeni.

MI ITINERARIO.

«Se levantó una borrasca de la parte del Sur con gran satisfacción nuestra y en cinco días llegamos á las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Noche-Buena; pero en este día el viento fi-

jándose en la dirección Oeste-nor-oeste, nos llevó hacia el Mediodía de Lampedusa. Permanecimos por espacio de diez y ocho días sobre la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Nunca olvidaré la jornada del día 28.

»Anclamos delante de las islas de Kerkeni; permanecimos ocho días sobre la pequeña *Syrte*, donde vi empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos aspectos y bajo cuán diversas maneras habré visto yo sucederse los años, que pasan tan rápidamente ó que se prolongan tanto! ¡Cuán lejos me hallaba de aquellos tiempos de mi infancia, en que recibía con un corazón palpitante de alegría la bendición y los regalos de mis padres! ¡Cuán impacientemente esperado era entonces ese primer día del año! ¡Y ahora sobre un buque extranjero, en medio del mar, á vista de una tierra bárbara, este primer día pasaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de una familia, sin las tiernas caricias de una madre, y sin los tiernísimos votos que forma para la felicidad de su hijo! Este día nacido del seno de las tempestades, no atrae sobre mi frente sino funestos presentimientos, dolorosos recuerdos y cabellos blancos.»

Julian se halla expuesto al mismo destino que yo, y me reprende por uno de esos raptos de impaciencia de que afortunadamente me he corregido.

ITINERARIO DE JULIAN.

»Nos hallábamos muy cerca de la isla de Malta, y temíamos ser vistos por alguna embarcación inglesa, que nos habría obligado á entrar en el puerto; pero afortunadamente no sucedió así. Nuestra tripulación se hallaba muy fatigada, y el viento continuaba siéndonos desfavorable. El capitán, consultando su carta, reconoció un punto donde anclar, llamado Kerkeni, del que estábamos á poca distancia, y se dirigió hacia él, sin prevenir á mi señor de aquella determinación. Quien viendo que nos separábamos de nuestra ruta se incomodó, diciendo al capitán que debía continuar su travesía, puesto que habíamos tenido antes un tiempo mucho peor. Pero nos hallábamos ya muy cerca de dicho punto para retroceder; y á la verdad la prudencia del capitán nos valió, porque en aquella noche hubo un terrible temporal. Habiendo tenido que permanecer anclados veinte y cuatro horas más de lo que pensábamos, mi señor manifestó su descontento al capitán, que inútilmente trataba de convencerle con muy fundadas razones.

»Hacia cerca de un mes que navegábamos, y no nos faltaban más que siete ú ocho horas para llegar al puerto de Túnez. De repente el viento se hizo tan fuerte, que nos vimos obligados á entrar más dentro, y pasamos tres semanas sin poder acercarnos al puerto. Entonces mi señor volvió á la carga con el capitán por haber perdido treinta y seis horas en el anclaje. No había fuerzas humanas que le persuadiesen de que sin aquella determinación lo hubiéramos pasado peor. Lo que yo sentía era el ver que nuestras provisiones disminuían de una manera espantosa, y no sabíamos cuándo podríamos entrar en el puerto.»

Pisé finalmente el suelo de Cartago. En casa de Mr. y Mad. Devoise fui admitido con la más generosa hospitalidad. Julian da bien á conocer á mi huésped; también habla del campo y de los judíos. «Estos hacen oración y lloran.»

Un brik de guerra americano me recibió á bordo; atravesé en él el lago de Túnez para ir á la Goleta. «Durante el camino, dice Julian, pregunté á mi señor si había tomado el dinero que tenía en la cómoda de la habitación en que dormíamos; me contestó que lo había olvidado, y tuve que volver á Túnez.» Nunca el dinero ha podido ocupar mi imaginación.

Cuando llegué á Alejandría, anelamos delante de las ruinas de la ciudad de Anibal. Contemplábala desde la embarcación, sin poder acertar lo que era. Vi algunas cabañas de moros y un ermitaño musulmán en la punta de un cabo que se adelantaba mucho; algunas ovejas pacían entre aquellas ruinas; ruinas tan poco visibles, que apenas podían distinguirse del suelo sobre que se hallaban; aquello era Cartago, y la visité antes de embarcarme para Europa.

MI ITINERARIO.

«Desde la cima de Byrsa la vista domina las ruinas de Cartago, que son más numerosas de lo que generalmente se cree: asemejanse á las de Esparta, no teniendo, como esta, nada bien conservado, pero ocupando un espacio considerable. Las ví en el mes de febrero; las higueras, los olivos y los algarrobos mostraban ya sus primeras hojas; pobladas angélicas y acantos formaban pequeños bosques entre las ruinas de mármoles de todos colores. Paseaba á lo lejos mi vista sobre el istmo, sobre una doble mar, sobre islas lejanas, sobre una campiña risueña, sobre azulados lagos y montañas del mismo color; descubrí selvas, embarcaciones, acueductos, pueblos moriscos, ermitas mahometanas, minaretes, y las blancas casas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en masa y semejantes á las nubes, volaban sobre mi cabeza. Rodeado de los más grandes y de los más tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sophonisbe, en la noble esposa de Asdrubal; contemplaba la extensa llanura en que se hallan sepultadas las legiones de Anibal, de Escipión y de César; mis ojos deseaban reconocer el sitio en que estuvo el palacio de Utica. ¡Ay; las ruinas del palacio de Tiberio existen aun en Caprea, en tanto que inútilmente se busca en Utica el sitio que ocupaba la casa de Catón! En fin, los terribles vándalos, los moros inconstantes, sucediáanse rápidamente en mi imaginación, que me ofrecía en otro término á San Luis espirando sobre las ruinas de Cartago.»

Julian, lo mismo que yo, echa su última ojeada sobre el Africa y sobre Cartago.

ITINERARIO DE JULIAN.

«El día 7 y 8 nos paseamos por las ruinas de Cartago, donde se hallan aun algunos edificios arrasados, que prueban la solidez de los monumentos de la antigüedad. Existía también una especie de baños á quienes suministraba agua el mar, así como algunos aljibes. Los pocos habitantes que ocupan este país cultivan la tierra necesaria á su sustento, recogen algunos mármoles y otras piedras, así como también medallas que venden á los extranjeros como antiguas: mi señor ha comprado algunas de estas para llevarlas á Francia.»

DESDE TÚNEZ HASTA MI VUELTA Á FRANCIA POR ESPAÑA.

Julian refiere sucintamente nuestra travesía de Túnez á la bahía de Gibraltar; de Algeciras pasa muy pronto á Cádiz, y de Cádiz á Granada. Indiferente para con Blanca, hace únicamente la observación de que la *Alhambra* y otros edificios elevados son rocas de una altura inmensa. Mi itinerario no entra tampoco en muchos detalles sobre Granada, pues me contento únicamente con decir:

«La Alhambra me pareció digna de llamar la atención, aun después de las tempestades de Grecia. El valle de Granada es delicioso, y se asemeja mucho al de Esparta: de modo que se concibe muy bien que los moros echen mucho de menos aquel país.»

En el *Ultimo de los Abencerrages* hago una descripción de la Alhambra. La Alhambra, el Jeneralife, el Sacro Monte, se han impreso en mi imaginación como esos fantásticos paisajes que al amanecer cree descubrir la vista en el primer rayo de luz. Me creo aun con fuerzas suficientes para hacer una descripción de la Vega; pero no me atrevo á hacerlo por temor al arzobispo de Granada. Durante mi permanencia en la ciudad de las sultanas, un tocador de guitarra, que había huido de un pueblo conmovido por un terremoto, al tiempo de pasar yo por él se agregó á mí. Sordo como una tapia, me seguía por todas partes. Cuando me sentaba sobre una ruina en el palacio de los moros, él se ponía á cantar de pie detrás de mí, acompañándose con su guitarra. El armonioso mendigo no había compuesto tal vez la sinfonía de la *Creación*, pero su pecho ennegrecido se asomaba por entre los girones de su traje, y hubiera debido escribir como Beethoven á Mlle. Breuning:

«Venerable Eleonora, mi muy querida amiga: Desearia ser bastante feliz para poder poseer una chupa de pelo de conejo fabricada por vos.»

Crucé del uno al otro lado esa España, en que diez y seis años después me reservaba el cielo un gran papel, contribuyendo á ahogar la anarquía de un pueblo noble y á libertar á un Borbon; el honor de nuestras armas se restableció, y hubiera yo salvado á la legitimidad si esta hubiese podido comprender las condiciones de su duración.

Julian no me abandona hasta dejarme en la plaza de Luis XV, el 5 de junio de 1807, á las tres de la tarde. Desde Granada me lleva á Aranjuez, á Madrid, al Escorial, desde donde salta á Bayona.

«Salimos de Bayona, dice, el martes 9 de mayo, y pasamos á Pau, Tarbes, Baresges, hasta Burdeos, donde llegamos el 18 sumamente fatigados. Volvimos á ponernos en marcha el día 19, y pasamos por Angulema y Tours, llegando á Blois el 28, punto en que dormimos. El 31 continuamos nuestro camino hasta Orleans, haciendo nuestra última parada en Angerville.»

Hallábame á corta distancia del palacio, cuyos habitantes no habían borrado de mi memoria aquel largo viaje. ¿Pero dónde estaban los jardines de Armida? Dos ó tres veces, volviendo á los Pirineos, he contemplado desde el camino real la columna de Mereville, que lo mismo que la de Pompeyo, me anunciaba el desierto: todo ha cambiado, como mis expediciones marítimas.

Llegué á París antes de lo que había anunciado; de que me adelanté á mi vida. Por insignificante que fuesen las cartas que escribía, las ví con placer, como se ven los malos países que representan sitios en que nos hemos hallado. Estas cartas, fechadas en Modon, Atenas, Zea, Smirna y Constantinopla; en Jaffa, Jerusalem, Alejandría, Túnez, Granada, Madrid y Burgos: estas líneas trazadas sobre toda clase de papeles, con muy diversas tintas, conducidas por todos los vientos, no pueden menos de interesarme. Me complazco hasta en revisar mis *firmantes*: toco con placer la vitela, admiro su elegante caligrafía, y me desvanezco con la pompa del estilo. Era yo; pues, un gran personaje. ¡Nosotros somos unos pobres miserables, con nuestras cartas y nuestros pasaportes á cuarenta sueldos al lado de esos señores de turbante!

Osman Seid, bajá de Morea, dirige así á quien corresponda, mi *firmante* para Atenas:

«Encargados de las leyes de las ciudades de Misitra (Esparta) y de Argos, cadis, nadies, effendis, cuya sabiduría aumente aun más el cielo; honor de vuestros

vasallos y de vuestras *vaivodas* (provincia), y vosotros, por cuyos ojos ve vuestro señor, que le reemplazáis en cada una de vuestras jurisdicciones, empleados y negociantes cuyo crédito no puede menos de aumentar.

»Nos, os mandamos á decir que entre los nobles de Francia, un noble (especialmente) de París, provisto de esta orden, acompañado de un genizaro armado y de un criado para su escolta, ha solicitado el permiso y explicado su intención de pasar á algunos de los puntos y situaciones de vuestra jurisdicción, con objeto de ir á Atenas, que es un sitio fuera de vuestras jurisdicciones.

»Vosotros, pues, effendis, vaivodas, y todos los demás aquí enunciados, cuando el dicho personaje llegue á los lugares de vuestras jurisdicciones, tendreis el mayor cuidado de que se tengan con él las consideraciones y demás obligaciones de que la amistad hace una ley etc.»

AÑO 1221 DE LA HEGIRA.

Mi pasaporte de Constantinopla para Jerusalem dice además:

«Al sublime tribunal de su grandeza el cadí de Kouds (Jerusalen) scherif muy excelente effendi:

»Muy excelente effendi: que vuestra grandeza colocada sobre su tribunal augusto, reciba nuestras bendiciones sinceras y nuestras saluciones amistosas.

»Nos, os mandamos á decir que un personaje noble de la corte de Francia, llamado Francisco Augusto de Chateaubriand, se dirige en este momento hacia vos para cumplir la *santa* peregrinación (de los cristianos.)»

¿Daremos nosotros tanta protección al viajero desconocido para las alcaldías y para los gendarmes que han de revisar su pasaporte? Pueden también leerse en estos *firmantes* las revoluciones de los pueblos: cuántos pasaportes ha sido menester que dé Dios á los imperios para que un esclavo tartaro impusiese orden á un vaivoda de Misitra; es decir, á un magistrado de Esparta, para que un musulmán recomendase á un cristiano al cadí de Kouds; es decir, de Jerusalem!

El itinerario ha entrado en el número de los elementos que componen mi vida. Cuando me puse en camino en 1805, una peregrinación á Jerusalem era una cosa muy extraña. Ahora que muchos han hecho lo mismo, y que todo el mundo viaja, la maravilla ha desaparecido: nada me ha quedado en propiedad sino Túnez. Pocos son los que se han dirigido hacia esta parte, y convienen generalmente en que yo he sido el verdadero historiador de la topografía de los puertos de Cartago, como me lo prueba esta honorífica carta:

«Señor vizconde: Acabo de recibir un plano del terreno y de las ruinas de Cartago, que marca los contornos exactos y los relieves del terreno: ha sido levantado trigonométricamente sobre una base de mil quinientos metros, y se apoya en observaciones barométricas hechas con los barómetros correspondientes. Es un trabajo de diez años de fatiga y de paciencia, y confirma vuestra opinión sobre la posición de los puertos de Byrsa.

»He confrontado con este plan exacto todos los textos antiguos, y he determinado, según creo, el límite exterior y las otras partes de Cothon, de Byrsa y de Megara, etc. etc. Os hago una justicia merecida por tantos títulos.

»Si no teméis verme caer sobre vuestro genio con todo el peso de mi trigonometría y de mi pesada erudición, iré á vuestra casa á vuestra menor indicación.

Si mi padre y yo os seguimos de muy lejos en el camino de la literatura, habremos al menos procurado imitarlos en la noble independencia de que tan hermosos modelos habeis dado á la Francia.

»Tengo el honor de ser, y me vanaglorio de ello, vuestro sincero admirador

»DUREAU DE LA MALLE.»

Semejante rectificacion de los lugares hubiera sido suficiente en otro tiempo para conquistarme un nombre en geografia. Hoy si tuviese la mania de hacer hablar de mi, no sé á dónde podria correr para fijar la atencion del público: tal vez volveré á mi proyecto del descubrimiento del paso por el polo del Norte; tal vez subiré el Ganges. Allí veré la línea negra de los bosques que delienden la entrada del Himalaya; cuando llegando á la garganta que reúne las dos principales cimas del monte Ganghous descubra el aniteatro inconmesurable de las eternas nieves; cuando pregunte á mis guias, como Heber al obispo anglicano de Calcuta, el nombre de las demás montañas del Este, me contestaran que son las que bordean el imperio Chino. ¡Está bien! pero volver de las Pirámides es lo mismo que volver de Monelbery. Con este motivo, me acuerdo que un piadoso anticuario de las cercanías de Saint-Denis, en Francia, me escribió preguntándome si Pontoise se parecia á Jerusalem.

La página que termina el itinerario parece estar escrita en este momento mismo, al ver la manera con que reproducen mis actuales sentimientos.

«Hace veinte años, decia yo, que me consagro al estudio en medio de todos los azares y de todos los dolores: *diversa exilia et desertas quærere terras*: una gran parte de las hojas de mis libros han sido trazadas bajo la tienda de campaña, en los desiertos, en medio de las olas; mil veces he tenido la pluma en la mano sin saber si mi existencia se prolongaria algunos momentos mas. Si el cielo me concedé una tranquilidad de que nunca he disfrutado, trataré de elevar en el silencio un monumento á mi patria; si la Providencia me niega este reposo, no debo pensar en otra cosa que en poner mis últimos dias al abrigo de los dolores que han emponzoñado los primeros. Ya no soy jóven; no deseo el ruido; sé que las cartas cuyo secreto tanto placer nos proporciona, no nos producen mas que disgustos al publicarlas. De todos modos creo que he escrito lo bastante si mi nombre debe vivir; demasiado si ha de morir.»

Es muy posible que mi itinerario quede solo como un manual para uso de los judíos errantes de mi clase: en él he marcado escrupulosamente las paradas y trazado una carta de viaje. Todos los viajeros á Jerusalem me han escrito para felicitarme y darme las gracias por mi exactitud, de lo que únicamente citaré un testimonio.

«Me habeis hecho el honor, hace algunas semanas, de admitirme en vuestra casa, así como á mi amigo Mr. de Saint-Lanmer: de paso que íbamos á entregaros una carta de Abou-Poreh, íbamos á deciros cuántos nuevos méritos adquiria vuestro *Itinerario* leyéndole sobre los lugares en que fue escrito, y cuán digno de aprecio era aun su título por la modestia con que está escogido, viéndose justificado á cada momento por la minuciosa exactitud de las descripciones, exactas aun hoy día, salvo algunas ruinas de mas ó de menos, cambio único de estos paises, etc., etc.»

»JULIO FOLENTLOT.»

Calle Caumartin, número 25.

Mi exactitud depende de mi buen sentido comun:

soy de la raza de los Celtas, y de las tortugas; raza pedestre, no de la sangre de los tártaros y de las aves; razas probistas de caballos y de alas. La religion, es cierto, me arrebató algunas veces entre sus brazos; pero cuando me devuelve á la tierra, camino apoyado en mi baston reposando de cuando en cuando para tomar unas pocas aceitunas y un pedazo de mi pan moreno. «*Si je suis moult alle en bois, comme font volontiers les francois.*» Si muchas veces he viajado por los bosques como hacen frecuentemente los franceses, jamás he buscado el cambio únicamente por el cambio: el camino me fastidia; me gusta únicamente el viaje, á causa de la independencia que me proporciona, como me inclino á vivir en el campo, no por el campo, sino por la soledad. «Cualquier cielo me es igual, dice Montaigne: vivamos entre los nuestros, y vayamos á morir y á pasar nuestro mal humor entre los extraños.»

Aun me quedan de aquel país de Oriente algunas otras cartas, llegadas á juzgar por su fecha muchos meses despues de escritas. Secerdotes de la Tierra-Santa, cónsules y particulares, creyéndome influente en el período de la Restauracion, me han reclamado los derechos de su hospitalidad. Mr. Gaspari me escribió en 1816 para solicitar mi proteccion en favor de su hijo; su carta está dirigida: *Al señor vizconde de Chateaubriand, presidente de la universidad real en Paris.*

Mr. Caffé, no perdiendo de vista lo que pasa á su alrededor, y dándome noticias de su universo, me dice desde la Alejandria: «Desde vuestra marcha nada ha mejorado el país, aunque reina la tranquilidad. Aunque el gefe nada tiene que temer por parte de los mameucos refugiados en el Alto-Egipto, con todo, es preciso que se halle siempre en guardia. Abd-el-Quad hace continuamente de las suyas en la Meca. Acaba de ser cerrado el canal de Manouf. Mehemet-Ali será memorable en Egipto por haber ejecutado este proyecto, etc., etc.»

El día 13 de agosto de 1816 Mr. Pangolo, hijo, me escribia desde Zea:

«Monseñor: Vuestro *Itinerario de Paris á Jerusalem* ha llegado á Zea, y he leído á toda mi familia todo cuanto V. E. ha tenido á bien decir en favor nuestro. Vuestra permanencia entre nosotros ha sido tan corta, que no hemos tenido lugar de poder merecer los elogios que haceis de nuestra hospitalidad y de la manera demasiado familiar con que os hemos recibido. Acabamos tambien de saber con la mayor satisfaccion que V. E. se halla hoy, á causa de la restauracion, en la categoría que merece por su mérito y nacimiento, de lo que le felicitamos, esperando que en medio de su esplendor no se olvidará el señor conde de Chateaubriand de la numerosa familia del anciano Pangolo, de la familia en que existe el consulado de Francia desde el glorioso reinado de Luis el Grande, que fue quien firmó los despachos de nuestro abuelo. Aquel anciano tan débil ha dejado ya de existir; he perdido á mi padre, y me hallo con una muy escasa fortuna, encargado de toda la familia; tengo á mi madre, seis hermanas sin casar y muchas viudas á mi cargo con todos sus hijos. Recorro á la bondad de V. E., rogándole venga al socorro de nuestra familia, obteniendo que el consulado de Zea, que tan necesario es para el despacho de las embarcaciones del rey, tenga derechos como los demás vice-consulados; que de agente que soy sin derechos, sea vice-cónsul con la categoría de este empleo. Creo que V. E. conseguirá fácilmente mi peticion, en atencion á los muchos servicios de mis abuelos, si se digna ocupar de ella, y que excusará al mismo tiempo la importuna familiaridad de vuestros huéspedes de Zea, que lo esperan todo de vuestra bondad.

»Soy, con el mas profundo respeto, su muy humilde y obediente servidor,»

»M. G. PANGOLO.»

Siempre que una ráfaga de alegría se asoma á mis labios recibo un castigo como si hubiese cometido una falta. Esta carta me hace experimentar un remordimiento leyendo una página (atenuada, es verdad, por las expresiones de reconocimiento) sobre la hospitalidad de nuestros cónsules en el Levante. «Las señoritas de Pangolo, digo en mi *Itinerario*, cantan en griego:

¿Os diré mamá mia?

»Mr. Pangolo daba gritos; los gallos se callaban, y los recuerdos de Yulis, de Aristeo y de Simonides habian desaparecido completamente.»

Las cartas en que me pedian proteccion llegaban á mis manos en medio de mi descrédito y de mis apuros. Al principio de la restauracion, el día 11 de octubre de 1814, recibí esta otra carta, fechada en Paris:

«Señor embajador: Mlle. Dupont, de las islas de San Pedro y Miquelon, que ha tenido el honor de veros en estas islas, desearia obtener de V. E. un momento de audiencia. Como sé que habitais ahora en el campo, os ruego me informéis de la época de vuestra vuelta á Paris para veros.

»Tengo el honor, etc.

»DUPONT.»

No me acordaba de aquella señorita de la época de mi viaje por el Océano: ¡tan ingrata es la memoria! Sin embargo, conservaba un recuerdo de la mujer desconocida que se sentó á mi lado en la triste *Cycláde* helada:

«Una jóven marinera apareció en la parte superior del pico de una roca; tenia las piernas desnudas, aunque hacia frio, y caminaba por entre el rocío etc.»

Circunstancias independientes de mi voluntad me impidieron ver á Mlle Dupont. Si por casualidad era la prometida de Guillaumy, ¿qué efecto habia producido en ella un cuarto de siglo? ¿Habia sido maltratada por el invierno de Terranova, ó conservaba la primavera de las habas en flor guarecidas en el foso del fuerte de San Pedro?

A la cabeza de una excelente traduccion de las cartas de San Gerónimo, los señores Collombet y Gregorio han pretendido hallar entre este santo y yo, á propósito de la Judea, una semejanza que yo rehuso por respeto. San Gerónimo, desde el fondo de su soledad, pintaba sus combates interiores; nunca hubiera yo hallado las expresiones hijas del génio del habitante de la gruta de Bethlehem; y todo lo mas hubiera podido cantar con San Francisco, mi patrono en Francia, y mi posadero en el Santo Sepulcro, sus dos cánticos en italiano de la época que precede al lenguaje de Dante:

In foco l'amor mi mise.
In foco l'amor mi mise.

Agrádame sobremanera el recibir cartas de Ultramar, porque me parece que traen consigo algun murmullo de los vientos, algun rayo del sol, alguna emanacion de los diversos destinos que separan las olas y que unen los recuerdos de la hospitalidad.

¿Volveria á ver con gusto estas lejanas comarcas? Una ó dos de ellas, sí. El cielo del Atica ha producido en mí un efecto que no se borra nunca; mi imaginacion se siente aun perfumada con los mirtos del tem-

plo de la *Venus en los Jardines* y del *Iris del Céfitro*. Fenelon, en el momento de partir á la Grecia, escribia á Bossuet la carta que aquí cito. El futuro autor del *Telemaco* se revela en ella con el ardor del misionero y del poeta.

«Algunos pequeños obstáculos han retardado hasta aquí mi vuelta á Paris; pero, en fin, monseñor, marchó ya, y por poco no vuelo. A vista de este viaje, medito uno mucho mayor. La Grecia entera se abre ante mí; el sultan espantado retrocede; ya el Peloponeso respira en libertad, y la Iglesia de Corinto va á volver á florecer; la voz del Apóstol se oirá nuevamente en ella; me veo ya transportado á esos deliciosos lugares y entre esas preciosas ruinas para recoger con los mas curiosos monumentos el espíritu mismo de la antigüedad. Busco ese areópago en que San Pablo anunció á los sábios del mundo el Dios desconocido. Lo profano preséntaseme despues de lo sagrado, y no me desdeño de bajar al Pyreo en que Sócratos levantó el plano de la república. Subo á la cima del Parnaso, cojo los laureles de Delfos, y gusto las delicias del Tempé.

«¿Cuándo la sangre de los turcos se mezclará con la de los persas sobre las llanuras de Marathon para dejar á la Grecia entera entregada á la religion, á la filosofia y á las bellas artes, que la miran como á su patria?

..... Arva beata
Petamus arva, divites et insulas.

»¡Nunca te olvidaré, isla consagrada por las visiones celestes del muy amado discípulo! ¡Oh dichosa Pathmos; yo iré á besar sobre la tierra las huellas del Apóstol, y creeré ver los cielos entreabiertos! Allí me sentiré lleno de indignacion contra el falso profeta que quiso descubrir los oráculos de la verdad, y bendeciré al Todopoderoso que, lejos de hundir la Iglesia como Babilonia, encadena al dragon y le da la victoria. Veo al cisma que cae, el Oriente y Occidente que se unen; y el que ve renacer el día despues de una noche tan larga, la tierra, santificada por los pasos del Salvador, y regada con su sangre, y libre de sus profanadores, y revestida de una nueva gloria, y, en fin, los hijos de Abraham esparcidos por toda la tierra, y mas numerosos que las estrellas del firmamento, que, reunidos los cuatro vientos, vendrán en tropel á reconocer á Jesucristo, á quien han maltratado, y á demostrar al fin del tiempo una resurreccion. Basta ya, monseñor, y confiad en que esta será mi última carta y el final de mi entusiasmo, que tal vez os moleste. Perdonadle á causa de mi deseo de hablaros de lejos, entre tanto que puedo hacerlo de cerca.»

FR. DE FENELON.

Este era el verdadero nuevo Homero, digno él solo de cantar la Grecia y de referir sus bellezas al nuevo Crisóstomo.

REFLEXIONES SOBRE MI VIAJE.—MUERTE DE JULIAN.

De los lugares de la Siria, del Egipto y de la tierra púnica, no conservo ante mis ojos mas que las situaciones que se hallan en conformidad con mi solitaria naturaleza; estos me agradan independientemente de la antigüedad del arte y de la historia. Las Pirámides me admiraban menos por su tamaño que por el desierto sobre que se elevaban; la columna de Diocleciano fijaba menos mis miradas que las orillas del mar, á lo largo de los arenales de la Lybia. En la embocadura del Nilo no habria deseado monumento alguno para que me recordase esta escena descrita por Plutarco:

«El liberto recorrió toda la playa, donde encontró algunos restos de un viejo banco de pescador, suficientes para quemar un pobre cuerpo desnudo, y aun no entero. En tanto que los recogía y los reunía, llegó allí un romano que había servido en la guerra bajo el mando de Pompeyo.

—» ¡Ah! le dijo el romano; no quiero que tengas tú solo el honor, y te ruego me admitas como compañero, en una tan sagrada y devota empresa, para que no tenga ocasión de maldecir enteramente mi suerte, teniendo en recompensa de los muchos males que he sufrido una ocasión de poder tocar con mis manos, y de ayudar á enterrar al capitán mas grande que han tenido los romanos.»

El rival de César no tiene sepultura en la Lybia, y una joven esclava *lybiana* recibió de mano de una *pompeyana* una sepultura no lejos de esa Roma de donde el gran Pompeyo fue desterrado. Estos caprichos de la fortuna explican únicamente el que los cristianos fuesen á ocultarse á la Thebaida.

«Nacida en Lybia, enterrada en la flor de mis años, bajo el polvo ausoniense, reposo cerca de Roma, á lo largo de esta ribera arenosa. El ilustre Pompeyo, que me había criado con la ternura de una madre, ha llorado mi muerte y me ha colocado en una tumba, que me iguala á mí, ¡pobre esclava! con los romanos libres. Las llamas de sus hogueras se han anticipado á las del himeneo. La antorcha de Proserpina ha engañado nuestras esperanzas.» (Anthología.)

Los vientos han dispersado los personajes de la Europa, del Asia y del Africa, entre los que yo he aparecido y de que acabo de hablaros: uno ha caído de la Acrópolis de Atenas, otro de la ribera de Chio; este se ha precipitado desde la montaña de Sion, aquel no volverá á salir de las aguas del Nilo ó de las cisternas de Cartago. Los lugares han cambiado también, del mismo modo que en América se alzan ciudades que yo he conocido selvas; lo mismo que un imperio se forma en esas arenas de Egipto en que mi vista no había hallado mas que *horizontes desnudos y redondeados como la convexidad de un escudo*, según dicen las poesías árabes, y *lobos tan demacrados que sus mandíbulas son como un bastón hendido*. La Grecia ha recobrado la libertad que yo le deseaba cuando la recorría escoltado por un genízaro. ¿Pero disfruta de su libertad nacional, ó no ha hecho mas que cambiar de yugo?

Yo soy en cierto modo el último incursor del imperio turco en sus antiguas costumbres. Las revoluciones, que por todas partes han precedido ó seguido mis pasos, se han extendido por la Grecia, la Siria y el Egipto. ¿Se formará un nuevo Oriente? ¿Qué saldrá de él? ¿Recibiremos el castigo merecido por haber enseñado el nuevo arte de la guerra á pueblos cuyo estado social se halla fundado sobre la esclavitud y sobre la poligamia? ¿Hemos llevado la civilización fuera de nuestro país, ó hemos traído la barbarie al interior de la cristiandad? ¿Qué resultará de los nuevos intereses, de las nuevas relaciones políticas, de la creación de las potencias que podrán alzarse en el Levante? Nadie podrá decirlo. No me dejo alucinar por los barcos de vapor ni por los caminos de hierro, por la venta del producto de las manufacturas y por la fortuna de algunos soldados franceses, ingleses, alemanes, italianos, ingresados en las filas de un bajá: esto no constituye la civilización. Tal vez se verán volver á presentarse en medio de las tropas disciplinadas de los futuros Ibrahines los peligros que han amenazado á la Europa en la época de Carlos Martel, y de que mas tarde nos ha salvado la generosa Polonia: compadezco á los viajeros que me sucedan; el

harem no les ocultará sus misterios; no habrán visto el antiguo sol de Oriente y el turbante de Mahoma. El pequeño beduino me gritaba en francés cuando atravesaba las montañas de la Judea. —«¡Adelante, marchen!» La orden estaba dada, y el Oriente ha marchado.

¿Qué ha sido del compañero de Ulises, Julian? Me había este rogado al entregarme su manuscrito que le dejase de portero en la casa de la calle del Infierno: esta plaza se hallaba ocupada por un antiguo criado y por su familia, á quien yo no podía despedir. La cólera del cielo hizo de Julian un perdido y un borracho, y aunque le aguanté mucho tiempo, al fin nos vimos precisados á separarnos. Le di una pequeña cantidad de dinero, asignándole una corta pensión sobre mi caja, un poco ligera, es cierto, pero siempre copiosamente llena de buenos billetes y excelentes hipotecas sobre mis *castillos de España* (1). Hice que dieran á Julian una plaza en el hospicio de ancianos, según deseaba, y allí acabó su grande y último viaje. Bien pronto iré yo á ocupar su lecho vacío, como ocupé en Etnis-Capi la estera de que acababan de levantar á un musulmán apestado. Decididamente tengo vocación hácia el hospital en que yace la vieja sociedad. Ella parece vivir, y no por eso deja de estar en la agonía. Cuando haya espirado, se descompondrá para reproducirse bajo nuevas formas, pero primero es menester que sucumba; la primera necesidad de los pueblos y de los hombres es la de morir. «El hielo, dice Job, se forma al soplo de Dios.»

AÑOS DE 1807, 1808, 1809 Y 1810.—ARTICULO DE EL MERCURIO DEL MES DE JUNIO DE 1807.—COMPRO LA POSESION DE LA VALLÉE-AUX-LOUPS Y ME RETIRO Á ELLA.

Mad. de Chateaubriand había estado muy mala durante mi viaje; muchas veces mis amigos me habían creído perdido. En algunos apuntes que Mr. de Clausel escribió para sus hijos, y que ha tenido la bondad de dejarme, se lee el pasaje siguiente:

Mr. de Chateaubriand partió para el viaje de Jerusalem en el mes de julio de 1806. Durante su ausencia iba yo diariamente á casa de Mad. de Chateaubriand. Nuestro viajero tuvo la bondad de escribirme una carta de muchas páginas, fechada en Constantinopla, que encontrareis en la cómoda de la biblioteca, en Coussergues. Durante el invierno de 1806 á 1807 sabíamos que Mr. de Chateaubriand se había embarcado para volver á Europa; cierto día me estaba paseando por el jardín de las Tullerías con Mr. de Fontanes, y hacía un viento Oeste horroroso. Nos hallábamos resguardados de él en un terraplen á la orilla del agua, cuando Mr. de Fontanes me dijo: —«¡Tal vez en este mismo momento esté naufragando nuestro amigo!» Despues supimos que estuvo á punto de realizarse este presentimiento. Hablo aquí de esto para explicaros la sincera amistad, el vivo interés por la gloria literaria de Mr. de Chateaubriand, que debía aumentarse con este viaje, los nobles, los profundos y raros sentimientos que animaban á Mr. de Fontanes, hombre excelente, del que luego recibí dos grandes servicios, y del que os recomiendo os acordéis ante Dios.»

Si debiese yo vivir y si pudiese hacer vivir en mis obras á todas las personas que me son queridas, ¡con qué placer llevaria conmigo á todos mis amigos! Lleno de esperanza llevaba yo á los hogares mi manojo de espigas; mi reposo no fue de larga duración.

Por una sucesión de convenios, me había yo quedado de único propietario de *El Mercurio*. Mr. Ale-

(1) Esto en Francia equivale á decir *castillos en el aire*.

jandro de Laborde publicó hácia fines del mes de junio de 1807 su viaje por España; en el mes de julio hice yo el artículo, del cual he citado algunos pasajes hablando de la muerte del duque de Enghien: *Cuando en el silencio de la abyección*, etc. La buena fortuna de Napoleón, lejos de hacerme sucumbir, me había indignado; había adquirido nueva energía en mis sentimientos y en las tempestades. No en vano se hallaba mi rostro tostado por el sol, ni me había entregado á la cólera del cielo para temblar ante la cólera de un hombre. Si Napoleón había acabado con los reyes, no había acabado conmigo. Mi artículo, yéndose á colocar en medio de sus prosperidades y de sus maravillas, conmovió la Francia, y se repartieron innumerables copias manuscritas de él; muchos suscritores á *El Mercurio* entresacaron de él el artículo y le hicieron encuadernar aparte; leíase en las reuniones y le llevaban de casa en casa. Menester es haber vivido en aquella época para formarse una idea del efecto producido por una voz elevándose sola en el silencio del mundo. Los nobles sentimientos, escondidos en el fondo de los corazones, se despertaron. Napoleón tembló de cólera; todos le irritan, menos en razon de la ofensa recibida que en razon de la idea formada de sí mismos. ¡Atraverse á despreciar hasta la misma gloria! ¡Arrojar segunda vez el guante á aquel ante quien se ha prosternado el universo! —«¡Chateaubriand cree que soy un imbécil, que no le comprendo! Yo le haré acuchillar sobre los escalones de las Tullerías.» Dió orden de suprimir *El Mercurio* y de prenderme. Mi propiedad sucumbió, y mi persona escapó milagrosamente: Bonaparte tuvo que ocuparse del mundo, y me olvidó; pero quedé bajo el peso de su amenaza.

Mi posición era una posición terrible: cuando creía deber obrar por las inspiraciones de mi honor, me encontraba abrumado con mi responsabilidad personal y con las penas que causaba á mi esposa. Su valor era grande, pero no por eso sufría menos, y estas tempestades que se formaban sucesivamente sobre mi cabeza agitaban su vida. Había sufrido tanto por mí durante la revolución, que nada tenía de extraño que deseara un poco de tranquilidad; y esto con tanto mas motivo, cuanto que Mad. de Chateaubriand admiraba á Bonaparte sin restricción, y no se hacia ilusión alguna sobre su legitimidad, predicándome continuamente lo que me sucedería con la vuelta de los Borbones.

El primer tomo de estas memorias está fechado en la Vallée-aux-Loups, el 4 de octubre de 1811: allí se encuentra la descripción del pequeño retiro que compré para ocultarme en aquella época. Dejando nuestra habitación en casa de Mad. de Coislin, fuimos primero á vivir á la calle de Saints-Peres, casa de Lavallette, que tomaba su nombre de la dueña y del dueño de la casa.

Mr. de Lavallette, regordete, y que llevaba una levita de color de ciruela y un baston con puño de oro, llegó á ser mi agente de negocios, si es que he tenido yo negocios alguna vez. Había sido gentil-hombre de boca de S. M., y lo que yo no comía lo bebía él.

A fines de noviembre, viendo que las obras de mi futura cabaña no adelantaban, tomé el partido de ir yo en persona á vigilarlas, y llegamos por la tarde á la Vallée. No fuimos por el camino acostumbrado, y entramos por la verja que hay en la parte mas baja del jardín. La tierra de las calles de árboles, levantada por las lluvias, impedía avanzar á los caballos, y volcó el carruaje. El busto en yeso de Homero, colocado al lado de Mad. de Chateaubriand, saltó por la ventanilla y se rompió por el cuello; mal agüero para *Los Mártires*, de que entonces me ocupaba.

La casa, llena de trabajadores que reían, cantaban y martillaban, estaba caldeada con hogueras de virtus é iluminada con cabos de vela, y asemejábase á una

ermita iluminada de noche por los peregrinos en medio de los bosques. Muy contentos con haber hallado dos habitaciones regularmente arregladas, y en una de las cuales se había preparado una comida, nos sentamos á la mesa. Al día siguiente, despertado por los martillazos y por el canto de los colonos, vi levantarse el sol mas tranquilo que el dueño de las Tullerías.

Hallábame rodeado de una infinidad de placeres: sin ser Mad. de Sevigné, me ocupaba, provisto de un par de zuecos, en plantar mis árboles, en pasar y reparar unas mismas calles de árboles, en mirar y remirar los mas pequeños rincones, en ocultarme allí donde había un matorral, haciéndome mil ilusiones sobre el porvenir de mi posesión, porque entonces podía tener porvenir. Procurando hoy día abrir en mi memoria el horizonte que se ha cerrado, no encuentro el mismo, pero hallo otros. Me extravió en pensamientos desvanecidos; las ilusiones que me ocupan son tal vez tan hermosas como las primeras, solamente que no son tan jóvenes; lo que veía á la luz del medio día lo contemplo hoy al reflejo del sol poniente. —«Con todo; ¡si yo pudiese cesar de soñar!» Bayard, intimado de rendir una plaza, respondió: —«Esperad á que haya construido un puente de cuerpos muertos para poder pasar con mi guarnición.» Temo mucho que para salir yo de ella será preciso pasar por cima de los cuerpos de mis ilusiones.

Mis árboles, siendo aun pequeños, no recogían el ruido de los vientos del otoño; pero en la primavera, las brisas que alentaba sobre las flores de los prados vecinos guardaban su soplo, que comunicaban despues á mi Velleda.

Hice algunas adiciones á mi cabaña. Adorné su fachada de ladrillo con un pórtico sostenido por columnas de mármol negro y por dos cariátides de mármol blanco. Mi proyecto era el de añadir una torrellita sobre mi pabellon; y en tanto que esto se llevaba á efecto, hice una especie de almenas sobre la muralla que me separaba del camino; de este modo me anticipaba á la manía por la edad media que hoy nos asedia por todas partes. La Vallée-aux-Loups es la única cosa que echo de menos de cuantas he perdido; está escrito que yo no puedo conservar nada. Despues de perdida mi Vallée, había planteado la *Enfermería de María Teresa*, de que igualmente me acabo de separar. Hoy desafío á la suerte á que me aficione al menor puñado de tierra; de aquí en adelante no tendré mas jardín que esas calles de árboles honradas con nombres tan honoríficos alrededor de los Inválidos, y en las que me paseo con mis compañeros mancos y cojos. No lejos de estas calles se eleva el ciprés de Mad. de Beaumont; en esos desiertos espacios, la grande y ligera duquesa de Chatillon se apoyaba en otro tiempo sobre mi brazo; hoy solo doy mi brazo al tiempo; ¡y cuán pesado es!

Trabajaba con sumo placer en mis *Memorias*, y los *Mártires* adelantaban, habiendo ya leído algunos tomos de ellos á Mr. de Fontanes. Me había establecido en medio de mis recuerdos, como en una gran biblioteca; primero consultaba una cosa, luego otra, y despues cerraba suspirando mis registros porque conocía muy bien que, penetrando en ellos la luz, se perdían sus misterios. Iluminad los días de la vida, y ya no serán lo que han sido.

En el mes de julio de 1808 caí enfermo, y me vi obligado á volver á Paris. Los médicos hicieron peligrosa mi enfermedad: viviendo Hipócrates hubo gran escasez de muertos en el infierno, dice el epigrama: gracias á nuestros Hipócrates modernos, hay hoy día demasiada abundancia.

Este ha sido tal vez el único momento de mi vida en que, próximo á morir, tenía deseos de vivir. Cuando mis fuerzas desfallecían, lo que me sucedía muy á menudo, decía á Mad. de Chateaubriand: —«No